

El rap de las postrimerías

Carlos Monsiváis

A medio camino entre el discurso alegórico y la crónica puntual, Carlos Monsiváis nos ofrece en este texto el retrato hablado de una ciudad que ha sobrevivido al Apocalipsis y cuyo signo es el de la obsolescencia permanente.

“AQUÍ HAY DOS PUERTAS: POR UNA ENTRARÁ TODO LO QUE CONTIENE UN VAGÓN DE METRO; POR OTRA, ROBINSON CRUSOE. ¿CUÁL ABRIRÁ?”

Ciudad de México. La acumulación de almas, recursos naturales, cuerpos a la deriva del desempleo, edificios, instituciones, calles sobrepobladas, estadísticas que bien podrían ser predicciones de la migración próxima, la que ya sólo encuentra oportunidades en el interior de la conciencia,

problemas acuíferos, movimientos sociales y políticos, asentamientos urbanos que en un descuido del Censo van a aceptar que son ciudades en toda forma, desastres que o se previenen o se estimulan (da lo mismo), cifras que aturden, cifras que exigen la vida entera para asimilarlas (¿pero de veras viven juntos tantas personas y tantos vehículos?);

delegaciones que en su siguiente reencarnación serán megalópolis, tránsito que en su veloz existencia anterior fue el Mar de los Sargazos, cuatro autos por cada diez personas (dato aproximado y ya congestionado), parque vehicular que se acrecienta anualmente con doscientos mil automóviles;

problemas (graves) de contaminación, intensificación de la segregación socioespacial, asentamientos irregulares que se vuelven organismos regidos usualmente por la autoconstrucción;

orgullos ciudadanos que asumen la forma de recuento de amenazas o de grupos como especies en extinción, mancha urbana que en un descuido llega a la Frontera Norte con aspiraciones de migrante ilegal, automóviles de los que en un futuro tal vez cercano se dirá: “Eran el medio de transporte favorito en la ciudad, hoy son partículas del gran cementerio”, automóviles que causan el 84 por ciento de la contaminación;

conciencia ciudadana que —no obstante etapas de apatía y cinismo— crece con regularidad, tolerancia que se vuelve un “ecosistema” psicológico, moral y cultural, extravagancias que de tan multiplicadas ya no se advierten, violencia que es consecuencia del capitalismo salvaje, de la naturaleza humana, del neoliberalismo, del tamaño de la urbe y de los roces de la aglomeración...

PARÁBOLA DE LAS CREENCIAS LUEGO DE LA VENTA DE REMATE DEL ABISMO

En el principio y ante la tardanza del dios cristiano, Huitzilopochtli y Tláloc crearon los cielos y la tierra, y en la tierra (llamada así porque su componente mayor era el agua) la nación mexicana, desde recién nacida un producto de la diosa Demografía, estaba desordenada pero nunca carente de pueblo y de mensajes al pueblo, y de exhortaciones al pueblo para que denunciara a otras



Heriberto Aguirre, Zócalo, 2005

creencias, ya basta de contemporizar y lo primero que hicieron los dioses en su empeño de mejorar el aspecto de la primera ciudad, fue crear un Centro, a sabiendas de su poder de convocatoria (La obligación mayor del Centro es convocar la existencia de los alrededores), y pronto Tenochtitlan estuvo poblada y ordenada a su modo muy de vanguardia y luego vino la creación de la Provincia para fomentar las migraciones a la gran ciudad, y los dioses paganos consiguieron empleo de veladores del museo, y a nadie se le ocurrió renovar el contrato del agua y entonces...

LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES, LOS PECES,
LOS PARIENTES Y LOS DVD'S PRESTADOS

¿Qué propone la Ciudad de México? ¿Cuáles son sus misterios, sus escondrijos, sus paraísos subterráneos? ¿Y cuáles los dispositivos para el deleite a bajo precio? Si a toda megalópolis la caracteriza el juego entre ofrecimientos y negaciones (entre aperturas y cerrazones), a la capital de la República Mexicana la describe el tsunami de ofertas y las enormes dificultades para aprovecharlas. Así, la urbe es un comedero omnipresente, es el bebedero sin reposo, es la danza del subempleo alrededor de los

semáforos, es el frotado de rodas en el vagón del Metro (los cuerpos ya no cupieron), es el depósito histórico de olores y sinsabores, es la primera comunión del niño meses antes de la boda de sus padres, es el anhelo de un cuarto propio, es la curiosidad nacional al acecho de la telenovela de moda, es la unidad sin reservas a la hora de la Selección Nacional de fútbol, es el santiguarse de los taxistas al paso de los templos, es la incursión amedrentada en la vida nocturna, es el patrocinio de la tipicidad que aún sobrevive, es el alud de franquicias que subrayan la falsa y asombrosa semejanza con cualquier ciudad norteamericana.

Todo lo anterior se multiplica en América Latina, y corresponde a lo que, con fines de ubicación fatalista, aún se llama "Tercer Mundo". En el caso de la Ciudad de México lo que desafía las previsiones es la sensación de multitud al acecho (dentro de uno mismo incluso), que transforma las predicciones ominosas en paisajes en serie. A la velocidad de la luz no se observa bien lo dispuesto en la intimidad, y a la velocidad de la explosión demográfica menos.

CITA IMPOSTERGABLE

La ciudad es una para el que pasa sin entrar, y otra para el que está preso en ella y no sale; una es la ciudad a la que se llega la primera vez, otra la que se deja para no volver, cada una merece un nombre diferente...

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*

PARÁBOLA DE LA BATALLA ENTRE EL TIEMPO Y EL RELOJ

TIEMPO: Me impacientas Reloj, crees tenerlo todo por tu patrimonio de 24 horas pero obsérvate bien, sólo eres un triste y muy limitado instrumento de medición. Dependes en todo de mí que te cedo una migaja de mis caudales, eres un complemento rutinario.

RELOJ: Me da pena aclarártelo pero sin mí carecerías de vida cotidiana, serías un concepto banal por inasible, fíjate nomás, Su Majestad el Tiempo, casi una abstracción como el hueco que la nada excava en el cosmos. ¡Por favor! Un tiempo sin reloj es, si acaso, una trampa de la locura insomne.

(El Tiempo da vueltas alrededor de sí mismo, irritado y divertido. Se extiende y, por el tiempo que le da la gana, borra la continuidad del universo. Se comprime y las galaxias y los atardeceres padecen del síndrome de la exhalación. Luego, vuelve a su pose clásica).

TIEMPO: Está bien, no te aplastaré, ni me dejaré provocar por tu fatuidad. No hay competencia. Mi dominio es el horizonte del universo, sin cauces, sin límites, sin forma ni substancia ni principio ni fin. En cambio tú te mueves en un ámbito tan pequeño, reducido aún más —las horas prescindibles— por la necesidad de dormir, el tedio, el fastidio, los minutos

interminables frente a la televisión (como antes frente a las veladas familiares, la televisión es un sueño futurista de la familia antigua). ¡Qué pena! A tu horario básico lo alarga el miedo y lo restringe la monotonía de los pensamientos y los chistes fallidos. Pero no vale la pena irritarme y que esto parezca una escena de celos.

(El Reloj sonríe, y ajusta su minuterero).

RELOJ: ¡Qué vanidad! ¿Y qué harías tú Padre Tiempo sin mí y mis humildes 24 partículas? Puedes fanfarronear lo que quieras, y exaltarte y presumir de tu carencia de fronteras. Pero sé sincero: ¿quién, si no hace poesía o ciencia metafísica, piensa en ti de modo sistemático? ¿No crees que el que dice *Time is money* sólo tiene en mente mis manecillas a la hora de aprovechar las jornadas de labor? En el mundo actual el tiempo dura 24 horas que se derrochan o se emplean adecuadamente. Sí, estamos hechos de tiempo pero nuestra referencia dictatorial es el reloj.

(El Tiempo se detiene y todo se paraliza. Se acelera y los que han sido y los que son y los que serán envejecen o rejuvenecen como en un escenario hecho de vértigos. El tiempo se ríe al notificarle al planeta que porque le da la gana en apenas un instante sus integrantes nacen y exhalan su último suspiro).

TIEMPO: ¿Quién inventó el pasado, el presente y el futuro? Son disposiciones artificiales, *virtuales* dicen hoy, distracciones en beneficio de la antigüedad y la profecía, esos símbolos resonantes del ayer y el porvenir. Tú mismo, Reloj, presionas para que lo vivido no vuelva porque enloquecerían tus mecanismos.

(Ansioso de la diversión que le devuelva la confianza en sí mismo, el Reloj y el conjunto de sucursales y franquicias a



Heriberto Aguirre, Zócalo, 2005

sus órdenes se detienen media hora, avanzan siete minutos, gozan con la angustia de los usuarios).

RELOJ: Sí, Tiempo, devora tu ausencia de límites, haz lo que quieras, encapsúlate, agigántate. Conmoverás a las instituciones del cosmos pero no a la gente que va a la oficina, o al enamorado que espera, o al condenado a muerte. Son mis súbditos, no los tuyos.

(El Tiempo toca al Reloj y lo reduce a las dimensiones de un segundo).

TIEMPO: A ver, expándete, sal de la prisión que te he creado. Nunca sabrás lo que pasará en el próximo segundo, porque éste no va a existir.

(El Reloj parece meditar y luego se ríe).

RELOJ: Te equivocaste como sólo le pasa a los absolutos. Si yo estoy hecho de segundos mendicantes, tú, el Poderoso, el Extinguidor de todas las Especies, conoces una cárcel aún más severa. Si mi tiempo se restringe, la humanidad ya sólo dispondrá de un segundo para reflexionar sobre tu grandeza.

(Sin darse oportunidad del vagabundeo en sus laberintos, el Tiempo recurre a su forma irónica, la Eternidad que convierte en obsesión religiosa la vastedad de sus dones).

TIEMPO: Seré breve por amor a la paradoja: una entidad como yo, con todo el tiempo a su disposición, se da ocasionalmente el lujo de la síntesis. ¿No has pensado, oh, esclavo de los segundos y los minutos, que da igual si te atrasas o te adelantas? Transcurren en mis dominios, y si bien para sus manías

y compromisos los humanos dependen de ti, tu fuerza se nutre de mi substancia.

(El silencio distrae al minuterero y al infinito. Los contrincantes, fatigados por su querrela de siglos y metacenturias, se distraen observando el relevo inútil de las generaciones. Sólo se observa, resplandeciente, un grafiti: "Lo que no se discute: el tiempo carece de posteridad").

"APLAUDAN, APLAUDAN, NO DEJEN DE APLAUDIR, / QUE TODAS LAS CONSIGNAS SE TIENEN QUE PULIR"

La megalópolis es proteica a la fuerza, pero en lo disparatado de su desarrollo arquitectónico, en la fealdad de las construcciones autogestionarias, en los kilómetros y kilómetros que se recorren sin tropezar con logros o estímulos visuales, se halla el gran elemento en común: el sentido de provisionalidad que se desprende de la ausencia de propósitos estéticos, algo por lo demás lógico: gran parte del carácter homogéneo de lo urbano se deriva de la prisa por habitar en donde sea, de la escasez abrumadora de recursos que a la letra dicen: todavía, en un día de suerte, hay un lote edificado a la disposición de la mirada errante... ¿Será buena idea llamar a la autoconstrucción "lotes edificados"?

¿En dónde radica la disidencia en el orden nacional? ¿Cómo a pesar de la desigualdad de fuerzas los que quieren ejercerse como ciudadanos insisten en movilizarse? ¿Se complementan las lecciones de las décadas de protesta y las de exaltación de los corruptos? ¿Qué posibilidades tiene la disidencia de ejercer el poder a través de las rectificaciones de los gobiernos? Si se avana-



Manuel Ramos, Vista del centro de la Ciudad de México, 1915

za: un sector democrático gobierna en la Ciudad de México, la Asamblea de Representantes del Distrito Federal aprueba la despenalización del aborto y las sociedades de convivencia, hay un desnudo masivo en el Zócalo, la derecha fracasa en cada una de las batallas culturales. Y las movilizaciones cuentan, la disidencia tiene peso en la vida urbana y en buena medida se ha incorporado a la vida cotidiana.

El tumulto no deja ver a la multitud, la confederación de gritos oculta la protesta, el sentimiento de indignación moral se expresa desde una pancarta o una consigna. Según datos oficiales, de 2001 a 2006 hay en la Ciudad de México en promedio 5.4 movilizaciones al día, en las cuales el 65 por ciento de los asistentes acude en pos de la solución de causas federales y el 26 por ciento por demandas a los órganos legislativos o a los partidos políticos. Y en 2006 las marchas de protesta son un gran logro poblacional de la crítica.

A momentos, parece que toda la ciudad es un hervidero de la disidencia; a ratos parece que no pasa nada; por lo común, se menciona al Ojo del Huracán en su versión “posmoderna”: si se quiere que el huracán no nos sorprenda, que el huracán estalle por sectores, por actitudes, por protesta de vecinos, por marchas jubilosas y airadas, por las exigencias de los gremios. Protesta y caos vial, marchas y parálisis urbana. Sí, hay hábitos de arraigo domiciliario, pero nadie le toma fotos o le graba un video dos veces a la misma multitud.

¿POR QUÉ LLEGAN, POR QUÉ NO SE VAN?

En la capital, y el proceso lleva siete décadas de habilitación, las colonias populares se multiplican, los empresarios exigen concesiones y ventajas, el Estado, ansioso del desarrollo que es sinónimo de la estabilidad, no pone obstáculos, y la ciudad se expande sin término hasta desacreditar la noción de límites. ¿Y tienen caso las medidas preventivas? La capital es el sitio de los ambiciosos, los desesperados, los ansiosos de hallarle sitio a sus costumbres heterodoxas o sus experimentos artísticos o su gana de ir y venir de la clandestinidad al anonimato, del anonimato a la clandestinidad. En gran parte del país aún se viven las represiones del tradicionalismo que espía al vecino; en la capital, por lo menos, lo que hagan los vecinos no importa porque los vecinos son demasiados, cambian su domicilio con frecuencia, y no es fácil retener sus facciones, ya no se diga su comportamiento. (“Lupe, ¿te acuerdas quién es el *gay* en el departamento de al lado? ¿El papá o el hijo?”).

A la Ciudad de México la domina lo cuantitativo, los muchos que aquí nacen y los incontables que la provincia expulsa. El centralismo paga sus malevolencias y desmesuras con las masas que descienden de camiones y

trenes y aquí se quedan porque la idea del regreso al pueblo es más ardua de soportar que el desarraigo. Y el peso del asalto demográfico impulsa o evapora gustos y predilecciones, relativiza a las conductas, pone en jaque a la moral tradicional, hace todo menos alterar el equilibrio entre lo que anima a vivir a fondo la ciudad y lo que retiene en casa.

Tradición y luchas por conservarla igual empeorándola. Vanguardia y llegada tardía a lo póstumo. Mientras, la Ciudad de México es en lo básico lo opuesto a lo que fue algún día, esa capital provinciana del país vecino de Estados Unidos con cultura nacionalista y letreros que expulsan: “En esta casa somos católicos y no aceptamos propaganda de ninguna de las otras sectas. / No se admiten conferencias deconstruccionistas. / Si no manejas un blog no tendrás descendientes”.

CARTOGRAFÍAS DISIDENTES

¿Cuál es el mapa visible o concebible de la ciudad toda conformada de disciplinas imprevistas y rebeliones casi rituales? ¿De dónde provienen el orden y el desorden de la ciudad? ¿Cuál es la disidencia observable en la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM), constituida por el Distrito Federal, 58 municipios del Estado de México y un municipio del estado de Hidalgo? (La cifra es engañosa y, por las deficiencias de los censos y el nomadismo bien puede ocultar tres o cuatro millones más, el dios de los recuentos en la Conjetura).

Insisto: ¿qué disidencias deben tomarse en cuenta? Las políticas y las de las minorías sexuales desde luego, pero allí están también los que viven en la pobreza y la miseria, los que disienten de las costumbres y los hábitos mentales de los monopolistas del *nosotro* que se preguntan con o sin retórica: “¿Qué hacemos con los pobres?”. Existe sin duda un orden mayoritario, una regulación que crea a momentos la apariencia de normalidad pero también el cúmulo de delitos diarios, el grado interminable de la violencia intradoméstica, la violencia como lenguaje de la sobrevivencia o de la impunidad de las élites y quedan los ahogos de la escasez y la sobre población, que crean sus disidencias a partir de sus limitaciones: los embotellamientos, la carencia de agua, el juego del empleo que se desvanece y el desempleo o el subempleo que se queda a vivir en el cuarto que es también la sala y el comedor. Eso, se quiera o no, es también disidencia.

PARÁBOLA DE LA LUCHA DEL EMPLEO Y EL ÁNGEL HASTA EL AMANECER

Y quedase el Ángel solo y he aquí, como de la nada, que apareció un Empleo que lo desafió, y el Ángel y el Empleo lucharon hasta que rayaba el alba. Y cuando



Manuel Ramos, *Tráfico en la calle de Madero*, 1915



Manuel Ramos, *Tráfico en el Zócalo*, 1915

vio el Ángel que llevaba las de perder, tocó al Empleo en el sitio del encaje de su muslo y le dijo: “Déjame, que raya el alba”. Y el Empleo le dijo: “No te dejaré si no me bendices, y me das buena suerte para que siga conservando mi identidad. Soy un empleo”. Y el Ángel lo bendijo.

Y el Ángel ascendió a la tierra, y un grupo que de inmediato lo rodeó, a lo mejor sin propósitos lascivos, le preguntó con ansia al oír su relato: “Oh ser venturosamente alado, ¿de veras viste un empleo?”. Y el Ángel, incapaz de mentir, respondió: “Sí, vi un empleo, y luché con él hasta el alba, no recuerdo en qué sitio del mundo, pero era certificadamente un empleo, no una fantasmagoría en las cifras de los gobiernos, sino todo un *emplea*, perfecto como las primeras miradas adánicas sobre los cuerpos al caer definitivamente las hojas de parra”.

Y nadie le creyó al Ángel y nadie pretendió seducirlo y los mortales se alejaron del mítomano, y por esa pérdida de interés sensual la ciudad no fue destruida por el fuego de la ira divina.

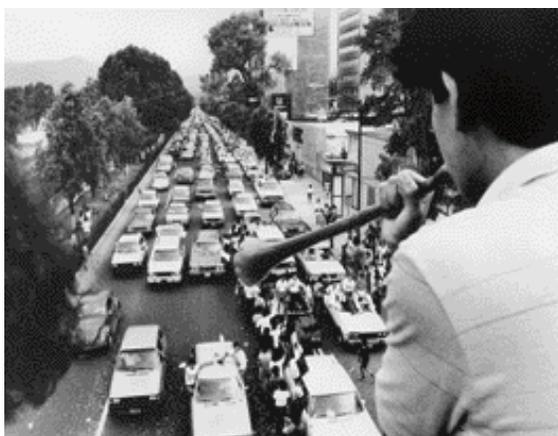
PROTESTA, PROTESTA, QUE ALGO QUEDA

Pese a las quejas sobre la pérdida de la identidad, la Ciudad de México retiene el método excepcional que integra y subraya diferencias y semejanzas. Antes de comenzar admítase que la unidad posible se engendra en las rutinas del sometimiento, los pactos de civilidad y el miedo al castigo, pero todavía en mayor medida, en los fracasos de la disciplina. Recuerda ahora a los dos millones y medio de automóviles y un transporte público que disminuye proporcionalmente en la ciudad al aumentar de modo exponencial el número de autos particulares. Los automóviles o los automovilistas (todavía hay diferencias) son los responsables más

belicosos de los congestionamientos y de la contaminación atmosférica, perjudican la salud y la productividad. ¿Cuántas horas se pierden al día en los viajes urbanos? Algunos datos: más del 60 por ciento de los viajes son de menos de ocho kilómetros; en 2005 en la ciudad circulaban poco más de 3.3 autos por cada diez personas; el índice de ocupación vehicular es de 2.7 pasajeros por automóvil; cada año se agregan doscientos mil autos al parque vehicular; transportar una persona por automóvil consume 50 veces más espacios que en el transporte público.

Añádase a esto los niveles altísimos de contaminación, la destrucción minuciosa de los ecosistemas y la necesidad de tres o cuatro millones de viviendas. ¿Y cómo se adaptan a la normalidad inconcebible los cinco millones de personas que a diario transporta el Metro, los cientos de miles de desempleados, las legiones de la economía subterránea? Si todo se mide por millones, la Ciudad de México jamás alcanzará la armonía, conviene más depositar su control en el azar, o como se le llame a los reglamentos inaplicables. Las más de las veces, el orden en la Ciudad de México viene de la imposibilidad de advertir el desorden o de intentar frenarlo.

Está fuera de cuestión: la Ciudad de México está bajo el control de lo incontrolable, y los gobernantes y los funcionarios de distintos niveles pueden elegir entre lo que de cualquier modo se va a hacer, entre proyectar la buena voluntad a sabiendas del mínimo de resultados, entre asumir la corrupción como pecado y no como delito, entre... La ciudad se arma en virtud del equilibrio entre



Pedro Valtierra, sin título, 1980



Paulina Lavista, Niños mosca, 1970

los poderes y las disidencias, entre las disculpas y los actos de resistencia. ¿Qué es administrar la Ciudad de México? En primer lugar, estar al tanto: se puede lograr que la ciudad continúe sin grandes estallidos, que tenga agua razonablemente, y no duerma en las calles ostensiblemente, y no haga del desempleo su plataforma de violencia. Eso se puede hacer, de lo demás que responda el cielo, no yo.

Se insiste en las características “posmodernas” de la Ciudad de México, y se dan pruebas: su fragmentarse al infinito, la refundación de la nostalgia, la celebración de los elementos dispares, la nulificación de lo bello y lo ridículo a cargo de las multitudes. La controversia se inicia y según algunos o muchos no tiene sentido calificar de “posmoderna” a la capital de un país tercermundista cuya meta es la modernidad. (¡Ah, escuchar oír un Informe Presidencial en rap!). Y sin embargo, la Ciudad de México es ya fundamentalmente lo opuesto a lo que fue algún día, esa capital provinciana del país vecino de Estados Unidos con cultura nacionalista y letreros que expulsan: “En esta casa somos católicos y no aceptamos un hijo más”.

Y lo idiosincrásico es el crecimiento demográfico, que provoca la globalización de tercer orden porque los recursos son escasos, y la historia y la tecnología (más demolidora que la historia) no permiten la modernización al parejo, la lucha de clases pasa por el abismo digital y luego se oculta entre los pliegues de la mercadotecnia.

PARÁBOLA DEL ESPACIO QUE NECESITABA UN DOMICILIO FISCAL

En el principio sí había lugar donde poner el Espacio, el lugar era amplio, un Valle y en el Anáhuac, pero se calculó mal el tamaño del Espacio que, por los moti-

vos que fueran, nunca cupo en el sitio asignado, rechazó los moldes y los amoldamientos y se burlaba de los que en vano querían encajarlo en el inmenso lote baldío asignado. “¿Cómo quieren que yo, que seré histórico y mitológico y centralista, quepa en este lugar? / Pero si ya estaba convenido desde el Génesis. / Nomás que yo soy de los espacios a los que todo les queda chico”.

El lugar no pudo acomodar al Espacio y los ingenieros y sus teodolitos de jade y los topógrafos y los muchos ojos de buen cubero en vano se afanaron en meter el espacio en el ámbito ya dispuesto; todo inútil, se anexaron terrenos, se prodigaron inauguraciones en los territorios donde se construirían los *teocallis* y los *malls*, pero el Espacio hacía estallar los sitios donde se le quería hospedar. Y así sigue hasta ahora, un Espacio que aumenta a diario y que ya no cabe en ninguna parte y que ya urge situar.

“COMO NO HABÍA SITIO EN SU DOMICILIO,
TUVO QUE MORIRSE DE PIE”

La Ciudad de México es global hasta donde puede serlo. Esto es, las franquicias son una nueva marca de identidad, los flujos financieros internacionales la envuelven y devoran, la informática es la relación viva con lo que pasa en el mundo, lo digital es la consigna de la hora, y el chat o el chateo reinstala el arte de la conversación: “Hola. Tengo veintidós años de edad, ojos azul cielo no contaminado, cuerpo de parar el tráfico de aviones, y lo demás lo descubrirás a solas”. También, de acuerdo al rumor, la obsolescencia planeada ya incluye a los seres humanos. **U**